

Pensar los problemas de la representación de lo histórico nos conduce a reflexionar acerca de la relación entre “historia” y “figuración”. El teórico de la historia Hayden White indagó esta relación desde la perspectiva según la cual la representación histórica es abordada *como* discurso narrativo. Recurriendo a una concepción tropológica del lenguaje, White postuló que los relatos históricos *figuran* el pasado, es decir, nos ofrecen imágenes verbales de los procesos espacio-temporales de los que dan cuenta. Esta figuración los constituye en objetos de estudio específicamente históricos en la medida en que los procesa narrativamente, a través de recursos figurativos (los tropos del lenguaje ordinario) idénticos a los empleados en el discurso narrativo literario o ficcional. Así, una de sus conclusiones más polémicas es que si la representación histórica es pensada como un modo de discurso narrativo, se devela que sus estrategias de figuración del pasado son las mismas de la literatura.

Esta afirmación provocadora de White no requiere ser interpretada como un intento de colapsar la distinción entre representación histórica y representación literaria. Intentaré mostrar que el objetivo de White es más complejo, en la medida en que su rechazo de la distinción tajante entre historia y literatura, en tanto discursos narrativos, redundará en una teoría *crítica* de la narración histórica. Ahora bien, esta hipótesis interpretativa nos permite dar cuenta de la obra de White desde *Metahistory* hasta *The Content of the Form*. Sin embargo, las reflexiones de White desde *Figural Realism* en adelante, parecen desafiar esta lectura. La postulación del concepto de *acontecimiento modernista* y de un nuevo tipo de escritura inspirado en el estilo modernista de Woolf, Proust y Joyce, presentan a un White preocupado por pensar formas “no narrativas” de representar los acontecimientos históricos más significativos del siglo XX. Más aún, podría pensarse en la posibilidad de interpretar estos escritos como una búsqueda de una teoría *postnarrativa* de la representación histórica.

El interés de este trabajo no es decidir o eliminar esta tensión en la obra de White, sino explorar su profundidad filosófica, es decir, pensar qué cuestiones presentes *en* esa tensión pueden iluminar nuestras preguntas sobre la representación de lo histórico. Mi objetivo, entonces, es reflexionar acerca de la relación más fundamental que hace posible pensar si hay o no alguna ambivalencia entre los (si es que lo fueran) *dos momentos* del pensamiento de White, i.e., la relación entre *Historia* y *Figura*.

I

Es conocido el importante y extendido debate que a mediados del siglo XX tuvo al discurso narrativo como eje. Teóricos provenientes de la lingüística, la teoría literaria, la filosofía, la historia, la antropología, etc., cuestionaron el *contenido implícito* del discurso narrativo. El debate se centró en el reconocimiento de que en la narración, lo relatado es tramado, de manera tal que mediante el ordenamiento en principio, medio y fin, y la atribución de funciones y jerarquía a los sucesos, se dota a la totalidad con un sentido y coherencia que producen finalmente una inteligibilidad retrospectiva al identificar la estructura completa del relato. Así, el punto central de la crítica a la narración que White suscribirá es el efecto de clausura que produce la coherencia estructural del relato. En sus propias palabras, la representación narrativa de la realidad “*nos revela un mundo que está putativamente “concluido”, terminado (...), donde la*

realidad lleva la máscara de un significado, una completitud y una plenitud que solo podemos imaginar, nunca experimentar.” (White, 1987: 21)

Explotando su perspectiva crítica, White mostrará que ese significado clausurante, ese sentido otorgado por el modo de discurso narrativo a los acontecimientos, es producido por medio del lenguaje utilizado para dar cuenta de los procesos históricos. Podrá concluir esto gracias a su adopción de una concepción tropológica del lenguaje. Aproximarse al lenguaje “tropológicamente” significa para White atender específicamente a los mecanismos o estrategias de producción de significado presentes en todo uso del lenguaje ordinario. Adoptar esta perspectiva no implica necesariamente recaer en ningún determinismo lingüístico:

La tropología es una teoría del discurso, no de la mente o de la conciencia. Aunque supone que no se puede evitar la figuración en el discurso, la teoría, lejos de implicar un determinismo lingüístico, busca proporcionar el conocimiento necesario para una libre elección entre diferentes estrategias de figuración. No considera, a la manera de Whorf, que la percepción esté determinada por el lenguaje en el que se escribe. Como teoría del discurso, la tropología tiene mucho que decir acerca de la representación, pero nada acerca de la percepción. (White, 2003, 171)

Respecto de la historia en particular, la concepción tropológica del lenguaje nos permite mostrar los modos en que los relatos históricos dotan de significado a los acontecimientos para volverlos tema de su discurso:

Esto implica que los únicos instrumentos que él [historiador] tiene para dotar sus datos de significado, de volver familiar lo extraño, y de volver el pasado misterioso comprensible, son las técnicas del lenguaje figurativo. Todas las narrativas históricas presuponen caracterizaciones figurativas de los acontecimientos que pretenden representar y explicar. (White, 1982: 94)

Hasta aquí, el aspecto “crítico” de la teoría de White se manifiesta en su interés por mostrar cómo el lenguaje empleado para dar cuenta del pasado por medio de relatos impone a los procesos históricos un sentido, un significado. Ahora bien, hay un segundo sentido en que la teoría de la narración histórica de White puede ser pensada como *crítica*. Se trata de una *aceptación irónica* del modo de discurso narrativo, ya que ¿cómo seguir narrando, como White sugiere, cuando hemos develado esas estrategias discursivas de producción de sentido?

La respuesta está en la distinción que White traza entre *narrar* y *narrativizar*, distinción que hace posible pensar una narración histórica *no narrativizadora*. Narrativizar la realidad sería “*imponerle la forma de un relato*”. En cambio, White sostiene que debemos distinguir

entre un discurso histórico que narra y un discurso que narrativiza, entre un discurso que adopta abiertamente una perspectiva que mira hacia el mundo y lo reporta y un discurso que finge hacer al mundo hablar por sí mismo y hablar por sí mismo como un relato. (White, 1987: 2).

Narrar sin narrativizar es reconocer la producción de significado al representar lo histórico narrativamente. Dado que la concepción tropológica nos permite entender distintas formas de prefigurar lo histórico, cuando reconocemos la existencia de esa

figuración podemos narrar sin narrativizar, porque concebimos la forma narrativa como una *manera de hablar* acerca de los acontecimientos, reales o imaginarios, y no como la forma de representarlos.

De este modo, el problema de narrar narrativizando se resuelve cuando cambiamos (como en un giro, un desplazamiento) la concepción literalista-fundacionista del lenguaje que tomaría la forma narrativa como *forma de los acontecimientos*, por una concepción tropológica, que le permite a White aceptar crítica o *irónicamente* el modo de discurso narrativo por su funcionamiento eficaz como manera de dar cuenta y hacer inteligible lo histórico. En esto consiste ofrecer una *teoría crítica de la narración histórica*. Sus tesis fundamentales serían las siguientes:

1. El reconocimiento de la función constitutiva (*constructiva* o *poética*) del lenguaje usado para describir el objeto de estudio del historiador.
2. La constatación de que la producción de un relato o discurso narrativo acerca del pasado implica el empleo de los mismos recursos figurativos empleados por la literatura y la ficción narrativas.
3. La determinación del límite de las pretensiones de representación *realista* de los procesos históricos, en la medida en que se reconoce que el *realismo* de una representación es inseparable de la *elección* de un particular modo tropológico, entre otros, de caracterización del objeto de estudio.

La primera tesis atiende a la función poética o autorreferencialidad del lenguaje en la historia; la segunda tesis, a la utilidad y necesidad de los recursos figurativo-literarios para la composición de relatos históricos; y la tercera, finalmente, recoge las consecuencias críticas de lo postulado en las tesis anteriores: la teoría histórica debe abandonar la pretensión de reducir representaciones históricas alternativas sobre un mismo conjunto de acontecimientos a una única representación verdaderamente *realista* y aceptar, en cambio, que el conflicto entre las diferentes representaciones encuentra en el particular *realismo* de la representación un límite que el registro histórico no puede zanjar.

Asumir el carácter imaginario-artístico del discurso histórico, implica desafiar cualquier distinción fuerte entre discurso realista y discurso imaginario. White nos aclara que la tropología no es “una” teoría del lenguaje, sino “*un conjunto más o menos sistematizado de nociones acerca del lenguaje figurativo*” (White, 2003: 158) En nuestra apropiación, aceptar una concepción tropológica del lenguaje significa desplazar una concepción literalista-fundacionista para asumir la complejidad de la delimitación entre lo literal y lo figurativo – complejidad que atiende a la dinámica histórica misma del discurso. Pero si la concepción tropológica del lenguaje hace posible la identificación de los aspectos poético-figurativos, es decir, creativos e imaginativos de nuestro uso de la narrativa, esto se debe a que hemos abandonado una perspectiva sobre el discurso que pretende delimitar dicotómicamente lo literal y lo figurativo, lo referencial y lo no referencial, lo fáctico y lo ficcional. En cambio, se trata ahora de reconceptualizar esas distinciones:

Mientras la teoría crítica tradicional ve las dimensiones literal y figurativa, ficcional y fáctica, referencial e intencional como opuestas y, más aún, como alternativas mutuamente excluyentes para todo discurso serio, la teoría literaria y del lenguaje modernas tienden a visualizarlas como los polos de un continuum lingüístico, entre los cuales debe moverse el habla para la articulación de cualquier discurso, serio o frívolo. (White, 2003: 170)

II

Nuestra lectura de White como una teoría crítica de la narración histórica encuentra problemas a partir de *Figural Realism*. Allí, y en adelante, White parece estar más interesado por proponer un modo de escritura *modernista* del siglo XX. White se refiere a la representación de sucesos como las dos guerras mundiales, el crecimiento de la población mundial, la pobreza y el hambre a niveles antes inimaginables, la contaminación del planeta y los programas burocrático-tecnológicos de genocidio. El acontecimiento paradigmático sería el genocidio judío a manos de la Alemania nazi. White argumenta que estas ocurrencias muestran una naturaleza, alcance e implicaciones “que ninguna época previa podría haber imaginado”, e incluso adquieren, para ciertos grupos o comunidades, un carácter traumático. Es por esto que los denomina *acontecimientos modernistas*, para marcar que ante ellos, el concepto mismo de acontecimiento, y la distinción entre lo real y lo imaginario, se disuelven. El carácter inimaginable de estos acontecimientos marca su resistencia a ser procesados mediante las categorías y convenciones heredadas para asignarles significado – fundamentalmente, los modos tradicionales de narrar se revelan inadecuados.

Sin embargo, White rechaza su consideración como “irrepresentables”. Considera que existe un modo de representación apropiado para los acontecimientos modernistas: el tipo de escritura “antinarrativa” explorado por el modernismo literario de Woolf, Proust y Joyce. Propone esta noción de escritura modernista a partir de las reflexiones sobre la escritura en voz media de Roland Barthes y la caracterización que Auerbach hace del modernismo literario, como el modo “más adecuado” de dar cuenta de los sucesos más relevantes y desconcertantes de nuestra época. El problema de la representación de los acontecimientos modernistas, para White entonces, requiere “la explotación completa” de las técnicas artísticas modernistas para su resolución. (White, 1999: 81)

Para entender la propuesta de White querría presentar esquemáticamente la caracterización de Auerbach del estilo modernista, al menos tres aspectos que permiten entender su calificación de “antinarrativo”: en primer lugar, la aparición de una voz del narrador vacilante, que se opone al tradicional narrador omnisciente y/o externo al relato, que escribe como mirando por fuera la totalidad de los acontecimientos; en segundo lugar, el predominio de esa voz está disputado por muchas otras voces, las de los personajes, cuyos procesos de conciencia aparecen a la par o incluso con mayor relevancia que la descripción de sus acciones “externas” (lo que refuerza el rechazo de una enunciación “objetiva” en tercera persona); y, finalmente, y en relación con esa abundancia de monólogo interior, predominan los episodios aislados, menores y arbitrarios, que desatan esos procesos interiores, de manera que se percibe un abandono a la contingencia, donde el material de la escritura no es elaborado para llevar a término la trabazón externa de los acontecimientos porque no hay una aproximación unilineal hacia una crisis final que domina el plan de la obra y que resignifica retrospectivamente el sentido de lo ocurrido. (Cf. Auerbach, 1950: 493-521)

En directa relación con este último aspecto, podemos apreciar una razón fundamental que White ofrece para preferir el estilo modernista a la técnicas narrativas tradicionales. Mientras la narración tradicional muestra a los acontecimientos como irreversiblemente dirigidos a un fin y produce el tranquilizante efecto de clausura, el modernismo se esfuerza por frustrar esa clausura rechazando la necesidad narrativa externa de los sucesos. De este modo, si transformamos los acontecimientos modernistas en el tema de una narrativa tradicional, White considera, siguiendo a Eric Santner, que corremos el

riesgo de caer en un “fetichismo narrativo”, cuyo efecto indeseado sería situar los sucesos en cuestión en un universo de significado ya terminado y completo, dejándolos “intactos” y en algún “otro lugar”, proveyendo de este modo un control intelectual de la ansiedad que el recuerdo de su ocurrencia puede tener para un individuo o una comunidad. De acuerdo con White, el modernismo literario, en la medida en que sus innovaciones estilísticas desafían la forma misma de la narrativa tradicional, permite ofrecer “no-relatos antinarrativos” y, por tanto, provee “mejores instrumentos para representar los acontecimientos modernistas”, al evitar el riesgo de anular su carácter amenazante y las ansiedades que generan – es decir, esas características que hacían de ellos ocurrencias inimaginables que marcan nuestra era (White, 1999: 82)

Estas nuevas reflexiones de White parecen contradecir el espíritu de la exhortación final de *Metahistoria*, donde se urgía al historiador a asumir los recursos figurativos del lenguaje para producir más y mejores imágenes verbales del pasado. Para entender esta tensión entre uno y otro *momento* de la obra de White, propongo calificar esta nueva actitud hacia la narrativa tradicional como un *rechazo metafórico*, en tanto se presenta como una búsqueda *romántica* de una “nueva escritura” (Cf. White, 2010: 145), un modo más adecuado de representar la disrupción de nuestro horizonte de expectativas frente a los *acontecimientos modernistas* del siglo XX. Tal *rechazo metafórico* desdice o contradice la *aceptación irónica*, en tanto auto-crítica, que constituía el centro de la teoría de la obra histórica desplegada por White de *Metahistoria* en adelante. Esa asunción irónica era la que nos permitía, respecto de los relatos históricos, asumir su carácter de discurso, su no naturalidad ni neutralidad, pero seguir narrando sin narrativizar, en la medida en que la narración se muestra como una herramienta sumamente eficaz para dar sentido a la experiencia. En cambio, rechazar el uso de la narración románticamente parece ser un intento de trascender la estructura de comprensión heredada y explorar otros nuevos modos de dar cuenta de la existencia humana y, por tanto, otros modos de pensar la historicidad.

III

Lo que he denominado *aceptación irónica* resume la exhortación final empoderadora de White en *Metahistoria* y caracteriza gran parte de su labor crítica de la historiografía que se propone no como una inhabilitación de la tarea del historiador, sino como un intento de liberarlo de un literalismo imposible, para que asuma el carácter poético-literario de su escritura y, de ese modo, recupere su vínculo con la imaginación para producir más y mejores imágenes del pasado. Pero el *rechazo metafórico*, como hipótesis de lectura de sus últimas publicaciones, parece ya no contentarse solo con esto.

Suponiendo que estas son las opciones disponibles en la encrucijada actual de la representación histórica, debe señalarse que cada una conlleva virtudes y defectos. La *aceptación irónica* tiene la virtud de que, como resultado de la crítica de la narrativa, el uso del modo de discurso narrativo es reconocido en su asunción crítica-instrumental. Por lo tanto, se conserva el instrumento por el cual damos sentido convencional-culturalmente a lo real-histórico pero con la conciencia de que se trata de un modo de comprensión situado, contingente y por tanto, no neutral ni natural. El defecto es que el uso de la narración reitera, reproduce, los presupuestos heredados acerca de lo real-histórico. Podría decirse que la posición irónica no logra salir (esto puede no ser considerado un problema, en realidad, para esta opción) de la metahistoria o filosofía de la historia decimonónica implícita en el uso de los géneros narrativos tradicionales. Sí sería un problema si se piensa que lo que entendemos por *experiencia contemporánea*

y/o *pasado reciente* puede en su totalidad, o en ciertos casos, demandar un cambio respecto del modo narrativo de discurso decimonónico, para ser comprendido o pensado.

La virtud del rechazo romántico, por su parte, es que, tomando lo señalado como defecto de la opción anterior como su objetivo central, dirige la búsqueda filosófica a un modo *nuevo* de pensar la experiencia histórica que rompa con el modo decimonónico heredado. Si la herencia del siglo XIX es una concepción de la historicidad cristalizada en las posibilidades de narración presentes en las formas románticas, trágicas, cómicas y satíricas (las cuales conllevan siempre, aunque en sus propias modalidades de producción de significado, el efecto de clausura del sentido) el rechazo romántico de esas convenciones narrativas sedimentadas sería continuo con la búsqueda de una concepción de la historicidad alternativa. Esto es, justamente, lo que White adjudica al modernismo literario: un rechazo del realismo decimonónico no como rechazo total a la historia, sino como forma de postular una nueva concepción de lo real y lo histórico. Desde esta perspectiva, White propone un estilo *anti/post-narrativo* modernista porque justamente considera que las convenciones narrativas decimonónica no pueden dar cuenta “adecuadamente” de los sucesos del siglo XX.

Así se resume el impulso de rechazo de la narrativa tradicional, viendo ese rechazo como una búsqueda metafórica en sí misma, el intento de encontrar un nuevo modo de escritura histórica. La virtud de la novedad se encuentra con el defecto de toda posición rupturista: si el modo de discurso narrativo es tan omnipresente en nuestra cultura, es porque funciona exitosamente como código de comunicación. Dar cuenta de lo real-histórico de otro modo es correr el riesgo de que las condiciones de recepción de un estilo nuevo no estén dadas. Más aún, si ese estilo, como en el caso de White, implica un conocimiento sofisticado de disputas internas a una cultura literaria elevada (dado que refiere al modernismo literario de Woolf, Proust, Joyce, etc.), entonces el riesgo es, a su vez, proponer un modo de discurso realista elitista, una comprensión de lo histórico solo accesible verdaderamente a unos pocos.¹

IV

Asumir una concepción tropológica del lenguaje nos permite ver cómo toda representación realista tiene un aspecto poético-figurativo necesario e ineliminable. Desde esta concepción, entonces, no necesitamos pensar en acontecimientos históricos que se dejen narrar y clausurar *versus* acontecimientos históricos que se resisten a la clausura. Sí podemos ver, en cambio, cómo las representaciones narrativas tradicionales son posibles cuando se persigue una delimitación fuerte entre pasado y presente: el pasado es eso que queda cerrado, clausurado en el relato y que, por tanto, ya no angustia ni amenaza. Ya sea porque de hecho esto es así o porque se pretende que sea así. En cambio, las representaciones modernistas, al buscar el fracaso de la clausura, al frustrar la expectativa del cierre narrativo, hacen de lo representado algo aún angustiante, aún amenazante, aún provocador de perplejidad y lo hacen para mostrar que esos acontecimientos aún son tema del presente, que son un pasado que todavía no se cerró o cuya clausura se quiere evitar. En estos casos, evitar el fetichismo narrativo es una cuestión ética fundamental.

Pero cualquiera de estas estrategias, ya sea como mostración en el discurso de una sensibilidad de época, como una acción performativa o como un efecto buscado más

¹ El señalamiento de este problema de la propuesta whiteana de escritura modernista lo debo a Verónica Tozzi.

activamente, siguen siendo modos de dotación de significado (clausurantes-tranquilizadores o desconcertantes-angustiantes). Si son modos de dotación de significado, son estrategias de figuración. Y si son estrategias de figuración que nos revelan los aspectos imaginarios de nuestro lidiar con el devenir histórico, su misma posibilidad y reconocimiento es posible no solo (ni necesariamente) por el tipo de acontecer histórico moderno o posmoderno, sino (y especialmente) porque lo que ha cambiado es nuestra relación con el lenguaje, el discurso, la representación de la historia.

Porque no hay historia sin una distinción entre pasado y presente.

No hay historia sin la posibilidad de imaginar esa distinción.

Por tanto, no hay historia, sin figuración.

Bibliografía

Auerbach, E., *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, FCE, 1950

White, H., *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*; John Hopkins University Press, Baltimore, 1973 (trad. cast. *Metahistoria, La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992)

----- *Tropics of discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1982

----- *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1987.

----- *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*, The John Hopkins University Press, Baltimore, 1999

----- *El texto histórico como artefacto literario*, (Introducción de Verónica Tozzi, traducción Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino) Paidós, Barcelona, 2003

----- *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*, Verónica Tozzi comp., Trad. por María Inés La Greca y otros, Bs. As., Prometeo Libros, 2010